

ENSAYANDO EL CAOS

APUNTES PARA UNA FENOMENOLOGÍA DEL ENSAYO

Magali Velasco Vargas

*... aquellas cosas que no se pueden decir,
es menester decir siquiera que no se pueden decir,
para que se entienda que el callar no es no haber qué decir,
sino no haber en las voces lo mucho que hay que decir.*

Sor Juana Inés de la Cruz

De híbridos

El centauro arcaico del siglo VIII a. C. se constituía por un hombre unido a la altura de los riñones, a un cuerpo de caballo cuyas patas delanteras se sustituían por piernas humanas. Esta representación figurativa se estilizó y el resultado fue el híbrido elegante de la mitología mediterránea: cuerpo de caballo con cuatro patas y un espigado busto humano con dos brazos. Las leyendas cuentan que los centauros son seres primitivos, violentos y libidinosos, viven en estado salvaje en bosques o montes, comen carne cruda y no pueden beber vino sin embriagarse y exaltarse voluptuosamente. Pholos y Cheiron son dos seres equino-humanos que escapan a estas descripciones y diría que el “Centauro” de Saramago y otros híbridos llamados los “últimos centauros”, también libran aquello del primitivismo.

El ensayo como un centauro... sí, porque simboliza la concupiscencia con toda su brutalidad. Es el híbrido elegante. Es la dualidad de la naturaleza humana cuyo impulso celebra batallas internas. El beligerante lanzará al terreno cavilaciones varias: qué haría la tierra sin la luna, qué le pasó al tío Martín, aquel que hablaba con Dios; dónde quedaron las escaleras de mi infancia, dónde las mujeres bien cebadas; qué es la vida + un gato o sin él cuando se habita en un país inexistente... qué del odio y sus posibilidades. El centauro del portugués Saramago cae en un precipicio; una lámina de piedra “inclinada en el ángulo necesario, pulida durante millares de años de frío y de calor, de sol y de lluvia, de viento y nieve”¹ corta el cuerpo del híbrido. Entonces, un hombre mira el cielo boca arriba, finalmente de espaldas.

Un caracol no va por el sol

Ensayar, reunir reflexiones en torno a un tema, debería escapar del mito de la solemne erudición para regocijarse en las formas armónicas del caracol. A diferencia del nido que se construye en espera de la vida, el caracol continúa toda su vida en construcción. Es una formación lenta y su habitante es un ser mixto: mitad fósil, mitad vivo.

La metáfora del caos se une a la de creatividad. De las siete leyes que rigen el caos, la primera, la ley del Vórtice, nos habla de la conexión entre la verdad, el individuo y lo indivisible. Habría que identificar el vórtice del ensayo literario: la azarosa trasgresión de ideas que en aparente desorden crea formas autoorganizadas como las que ofrece la naturaleza. Las figuras de las dunas del desierto, una superficie nevada, una capa de nubes, son ejemplos de organizaciones caóticas que, aunque el concepto suene inverosímil, es ley en la metáfora del caos, porque ésta es la creatividad de la natura. Ante la incertidumbre de un tema, el ensayista recupera los elementos que tiene a la mano, organiza su materia prima —vivencial, intelectual, inventiva— y transforma la incertidumbre en un motor creativo cuyo vórtice provoca la bifurcación de ideas. En el ensayo, la idea central es la corriente interna, y sobre ésta otras ideas confluyen como esporádicos remolinos.

¿El ensayo tiene su verdad? La verdad, dice el filósofo indio J. Krishnamurti, “no es un punto fijo; no es estática; no puede ser medida con palabras; no es un concepto, una idea que pueda adquirirse”². El ensayo, como el cuento, el poema y la novela, tienen su verdad. Y no hablamos de verdad absoluta, tampoco de la relativa “tu verdad y mi verdad”, tampoco de la verdad vs ficción, sino de la verdad como fenómeno vivencial que nos vincula con el entorno, desde la perspectiva de la teoría del caos. Entonces, si la verdad no se mide con palabras y el ensayo se edifica con ellas, ¿en qué radica su verdad?

Quizá en las ideas, en la incertidumbre de esas mismas palabras, en la metáfora del caos en el texto, en la llamada “Duda de Cézanne”, es decir, la duda creativa a partir de la percepción de la realidad. El punto de vista determina la fluctuación de ideas y determina también lo que recuperamos como verdad. ¿Podemos hablar de verdad en el ensayo? De la fenomenología como disciplina filosófica recupero el concepto de fenómeno como objeto de estudio. Fenómeno

¹José Saramago, “Centauro”, en *Casi un objeto*, México, Punto de Lectura, 2005, p. 194.

²Jiddu Krishnamurti, *Krishnamurti Foundation Bulletin*, noviembre 1989. La cita la recupero de John Briggs y F. David Peat, *Las siete leyes del caos*, Barcelona, Grijalbo, 1999, p. 28.

entendido como todo lo que un individuo vive en un instante presente, lo que ha experimentado en su cuerpo, en sus emociones; al ensayar una fenomenología, tendremos que concentrarnos en el intento de descubrir la esencia de un tema. Somos “fenómenos” en un estado determinado; tomar conciencia de esto nos acerca al autoconocimiento y a la percepción de un todo universal, y aquí me remito a la raíz latina “con” y “scientia” (ciencia o conocimiento), pues hasta el Renacimiento (s. XV) “conciencia” significaba lo que las personas sabían en común y no lo que sabían individualmente. En el ensayo se entremezcla orgánicamente la narración (ficcional o testimonial) con el discurso no ficcional. Es *El arte de la Fuga*, Pitol por excelencia, aquella sublime sensación de que viajamos con él aunque no nos haya invitado. Una fenomenología del ensayo reconfigura la experiencia del escritor tal y como se proyecta en la conciencia, y la retribuye en colectivo. No sólo hacia el lector sino en dirección a las necesarias intertextualidades e intratextualidades que en textos como *Pasión por la trama*, *El arte de la fuga* y *El mago de Viena* de Sergio Pitol, se entretienen sin obviar costura alguna. Es lo híbrido del centauro: la resolución de texturas, que no están lejos del diario, bitácora, ficción, memoria, testimonio, crónica, crítica, ensayo, prosa, siempre prosa no acabada, sólo abandonada, como diría el poeta francés.

Tampoco todos los caminos conducen a Roma

El ensayo, a diferencia de los otros géneros, goza de libertad espacial. Aunado a la idea de las fronteras, el *limen* o umbral espacial, encontramos los límites en el tiempo. “La obsesión latina por los límites espaciales se remonta a la leyenda de la fundación de Roma: Rómulo traza una línea fronteriza y mata a su hermano por no respetarla. Los puentes son *sacrilegos* porque franquean el *sulcus*, el foso de agua que marca los límites de la ciudad: por esta razón, sólo pueden construirse bajo el estrecho control ritual del *pontifex*”³.

El ensayo puede desarrollarse en una cuartilla y en 300; el cuento conserva el principio del río subterráneo; la novela existe en dos hojas; las historias no respetan la sintaxis latina, no saben de fronteras y menos de cuartillas. Esa sintaxis que rige nuestra escritura se basa en el *consecutio temporum*, lo que se ha hecho jamás puede borrarse. El tiempo es irreversible. Discursos como lo fantástico trabaja con esta supuesta irreversibilidad y con lo sacrilego de los puentes que atraviesan fosos. El ensayo, por supuesto, no funciona con los mecanismos de lo fantástico, se mantiene en una de las orillas, yo diría que de lado de la fortaleza. El ensayo no necesita límites geográficos, tampoco semánticos.

³ Umberto Eco, *Interpretación y sobreinterpretación*, Gran Bretaña, Cambridge University Press, 1995, p. 30.

⁴ “Fractal es el nombre dado por los científicos a los modelos del caos que vemos en el cielo, que sentimos en la tierra y que encontramos en las venas y nervios de nuestros cuerpos. La palabra fue acuñada por el matemático Benoît Mandelbrot y ahora tiene un amplio uso en la teoría del caos. John Briggs y F. David Peat, *op. cit.*, p. 138.

El Loco del ensayo conversa con la loca de la casa. El Loco es el arcano del Tarot que simboliza al trasgresor; es la necesidad, la demencia, pero también es el espíritu que se aproxima al cero que lo contiene todo pero que es la nada, hablamos de una unidad. La información ausente es el trasgresor, el Loco vestido de bufón. La información ausente es el motor del misterio del caos y el ensayo responde a esta metáfora. El ensayo es trasgresor y recuerda nuestras limitantes; es la demencia con cascabeles, es la ausencia y la unidad, el cero y el espíritu libre. Aunque el payaso, el bufón, el nigromante son personificaciones del principio del desorden, estos trasgresores son creadores de alternos sistemas, perturban estructuras pero innovan ideas, desafían y conceden opciones. Jano y sus dos rostros, uno mira al pasado y otro hacia el futuro; Dionisio, dios del caos y de la desenfrenada infracción a cualquier regla, siempre rodeado de sátiros, coronado de vid, copa en mano, bailando y festejando. *Bellezza dionisiaca*.

Lo que el ensayo deja asomar a partir de sus silencios y en medio de sus trasgresiones, son fractales⁴, es decir, huellas, pistas y marcas que guían no sólo hacia el conocimiento (intelectual) sino hacia una experiencia fenomenológica, una experiencia que nos permita acercarnos a los modelos del entorno natural e intelectual. Si el discurso fantástico clásico y contemporáneo encontró en el cuento su morada ideal, el ensayo es la guarida del caos: en el ensayo se refugia la mixtura de géneros que no encontraron mejor fortaleza que los brazos del centauro. Los fractales en un ensayo serían los motivos que un tema suscita y que podemos retomar para ahondar en ellos o para relacionarlos con otros pretextos. En el discurso mismo un fractal es la manifestación del caos; en el texto despuntan aristas y riscos conceptuales, líneas ideológicas, ausencias hermenéuticas, silencios en nombre de lo “indecible”. Estos son los fractales del ensayo.

Como en un principio, ella y sólo ella

El epígrafe de sor Juana Inés de la Cruz es una parálipsis de ella misma, de su obra entera. Al decirnos que no nos va a decir lo que ya está diciendo, provoca un juego de espejos: somos nosotros su reflejo. Es la loca de la casa, a la que tanto temió Santa Teresa de Jesús, aquella que no deja de conversar con nosotros mismos, aquella que, espero, nunca nos abandone. ☒

Magali Velasco Vargas (Xalapa, 1975). Mexicana, Licenciada en Lengua y Literatura Hispanoamericana por la Universidad Veracruzana, con maestría y doctorado en Literatura Latinoamericana por la Université de Paris Sorbonne Paris-IV. Realizó estudios de danza contemporánea. Ha publicado cuento y ensayo en revistas, periódicos y suplementos culturales. Su obra forma parte de diversas antologías. En 2003 recibió el “Premio Internacional Jóvenes Americanistas” por su ensayo: “El cuento: la casa de lo fantástico”, otorgado por el Congreso Internacional de Americanistas, en Santiago de Chile. Su libro de cuentos *Vientos machos* obtuvo el “Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola”, otorgado por la Universidad de Guadalajara (2004). Actualmente es profesora-investigadora en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.